

EL AVANCE DEL SABER (1605)

Francis Bacon

1. En la puerta de entrada a la primera de esas partes, para desembarazar el camino y, por así decirlo, hacer un silencio en el que los testimonios verdaderos concernientes a la dignidad del saber puedan oírse mejor, sin el estorbo de objeciones tácitas, creo conveniente defenderlo de los descréditos e insultos de que ha sido objeto, procedentes todos ellos de la ignorancia. Pero, de la ignorancia vestida de diversas maneras: mostrándose en el celo y suspicacia de los teólogos, en la severidad y arrogancia de los políticos, y en los errores e imperfecciones de los sabios mismos.

2. Oigo decir a los primeros [teólogos] que el conocimiento es una de esas cosas que han de ser admitidas con limitación y cautela grandes; que el aspirar a un conocimiento inmoderado fue la tentación y pecado originales de los cuales se siguió la caída del hombre; que hay en el conocimiento algo de la serpiente, y por eso allí donde entra en el hombre le hace hincharse, "*scientia inflat*" [La ciencia hincha. 1 Cor. 8, 1]; que Salomón advierte que "de hacer libros nunca se acaba, y la mucha lectura desgasta el cuerpo" [Ecl. 12, 12], y también en otro lugar, que "en el conocimiento abundante hay mucha aflicción, y el que aumenta el conocimiento aumenta la preocupación" [Ecl. 1, 18.]; que San Pablo da esta advertencia, que "no nos dejemos corromper por la vana filosofía"

[Col. 2, 8]; y que la experiencia nos muestra cómo hombres doctos han caído en la herejía, cómo los tiempos doctos se han inclinado al ateísmo y cómo la contemplación de las causas segundas nos substraer de nuestra dependencia de Dios, que es la causa primera.

3. Para poner al descubierto, pues, la ignorancia y el error de esta opinión, y lo erróneo de su fundamento, diremos que esos hombres no advierten o consideran que no fue el conocimiento puro de la naturaleza y el mundo, conocimiento a cuya luz el hombre puso nombre a las otras creaturas en el Paraíso conforme eran llevadas a su presencia [Gén. 2, 19-20], según sus cualidades, lo que dio ocasión a la caída; sino que la tentación fue el conocimiento soberbio del bien y del mal, con la intención en el hombre de darse una ley a sí mismo y no depender ya de los mandamientos de Dios. Ni hay cantidad de conocimiento, por grande que sea, que pueda hacer hincharse la mente del hombre; pues nada puede llenar, y mucho menos dilatar, la mente humana, si no es Dios y su contemplación; y por eso Salomón, hablando de los dos sentidos principales de la inquisición, el ojo y el oído, afirma que no se harta nunca el ojo de ver, ni el oído de oír [Ecl. 1, 8]; y si no hay llenarse, es que el continente es mayor que el contenido. Así también del conocimiento mismo y la mente del hombre, para los cuales los sentidos no son sino informadores, dice estas palabras, puestas tras esa lista o tabla que hace de los diversos tiempos y estaciones que hay para todas las acciones y propósitos, y que termina así: “Dios ha hecho todas las cosas hermosas, o apropiadas, cada una para su estación; también ha puesto el mundo en el corazón del hombre, pero no puede el hombre descubrir la obra que Dios hace desde el principio hasta el fin” [Ecl. 3, 11]: donde declara con toda claridad que Dios ha compuesto la mente del hombre a modo de espejo o vidrio capaz de reflejar la imagen del universo, y gozoso de recibir la impresión de este, como el ojo es dichoso de recibir la luz; y que no sólo se deleita con la contemplación de la diversidad de las cosas y las incidencias de los tiempos, sino que se eleva asimismo a averiguar y discernir las ordenanzas y decretos que a lo largo de todas esas variaciones son infaliblemente observadas. Y aunque insinúa que la ley suprema o suma de la naturaleza, que él llama “la obra que Dios hace desde el principio hasta el fin”, no puede ser descubierta por el hombre,

empero eso no menoscaba la capacidad de la mente, sino que puede achacarse a impedimentos tales como la brevedad de la vida, la mala conjunción de los esfuerzos, la defectuosa transmisión del conocimiento de unos a otros, y muchas otras inconveniencias a que la condición del hombre está sujeta. Pues que nada del mundo está vedado a la inquisición y averiguación del hombre, lo deja sentado en otro lugar, cuando dice: “El espíritu del hombre es como la lámpara de Dios, con la que registra la interioridad de todo lo oculto” [*Prov. 20, 27*]. Siendo, pues, tal la capacidad y cabida de la mente humana, es evidente que no hay peligro alguno de que la proporción o cantidad del conocimiento, por grande que sea, la haga hincharse y desbordarse; no, sino que es condición del conocimiento, tanto si es más como si es menos, si es tomado sin su correctivo propio, el llevar en sí algo de veneno o malignidad, y algunos efectos de ese veneno, que son ventosidad e hinchazón. Esa especie correctiva, cuya adición hace al conocimiento tan soberano, es la caridad, que el apóstol agrega seguidamente a lo antes citado, pues dice: “El conocimiento hincha, pero la caridad construye” [*1 Cor. 8, 1*], a semejanza de lo que declara en otro lugar: “Si yo hablara con las lenguas de los hombres y de los ángeles, y no tuviera caridad, sería como címbalo que resuena” [*1 Cor. 13, 1*]; no porque el hablar con las lenguas de los hombres y de los ángeles no sea cosa excelente, sino porque, si se separa de la caridad y no se aplica al bien de los hombres y de la humanidad, es más gloria resonante e indigna que virtud meritoria y sustancial. Y en cuanto a esa censura de Salomón acerca del escribir y leer libros en demasía y la ansiedad del espíritu que nace del conocimiento, y a esa exhortación de San Pablo de que “no nos dejemos seducir por la vana filosofía”, entiéndanse bien estas palabras y se verá que exponen de manera óptima los verdaderos términos y límites en que se confina y circunscribe el conocimiento humano, y aun ello sin tanta constricción o restricción que no pueda éste comprender toda la naturaleza de las cosas. Esas limitaciones son tres. La primera, que no situemos nuestra felicidad en el conocimiento hasta el punto de olvidar nuestra mortalidad. La segunda, que utilicemos nuestro conocimiento en darnos reposo y contento, y no intranquilidad o insatisfacción. La tercera, que no presumamos alcanzar a los misterios de Dios mediante la contemplación de la naturaleza. En lo tocante a la

primera, el propio Salomón se explica espléndidamente en otro lugar del mismo libro, donde dice: “Yo vi que el conocimiento se aparta de la ignorancia como la luz de las tinieblas, y que los ojos del sabio vigilan en su frente, mientras que el necio deambula en las tinieblas: pero también aprendí que la misma mortalidad alcanza a ambos” [Ecl. 2, 13-14]. Y en cuanto a la segunda, cierto es que no hay ansiedad o preocupación que resulte del conocimiento, como no sea por accidente; pues todo conocimiento y asombro (que es la semilla de aquél) es una impresión de goce en sí; pero cuando los hombres caen en componer conclusiones de su conocimiento, empleándolo a su afán particular y procurándose así de cobardes temores o deseos destemplados, nace de ello esa demasía de cuidados y desasosiego de la mente a que se alude: pues entonces el conocimiento ya no es *lumen siccum* [luz seca], de la que Heráclito el profundo dijo *lumen siccum optima anima*, sino que se convierte en *lumen madidum* o *maceratum* [luz húmeda o macerada], mojada e impregnada en los humores de las pasiones. Y en cuanto al tercer punto, merece ser un poco meditado y no pasado a la ligera: pues si alguno creyere, por la visión e inquisición de estas cosas sensibles y materiales, obtener la luz necesaria para descubrir por sí mismo la naturaleza o voluntad de Dios, entonces sí que estaría corrompido por vana filosofía: pues la contemplación de las creaturas y obras de Dios produce conocimiento con respecto a las obras y creaturas mismas, pero con respecto a Dios no conocimiento perfecto, sino admiración, que es conocimiento fragmentado. Por eso dijo muy acertadamente uno de la escuela de Platón [Filón de Alejandría] que “el sentido del hombre muestra semejanza con el sol, que, según vemos, descubre y revela todo el globo terrestre, pero también oscurece y oculta las estrellas y el globo celeste: así el sentido descubre las cosas naturales, pero oscurece y cierra las divinas”. Y de ahí que sea cierto el haber sucedido que diversos grandes y sabios hombres hayan sido herejes, cuando han aspirado a volar hasta los secretos de la Deidad con las alas céricas de los sentidos. Y en cuanto a la idea de que el demasiado conocimiento incline al hombre al ateísmo, y que la ignorancia de las causas segundas favorezca una dependencia más piadosa de Dios, que es la causa primera, en primer lugar sería bueno preguntar lo que Job preguntó a sus amigos: “¿Mentiréis por Dios, como hace un hombre por

otro, para agradecerle?" [Job 13, 7]. Pues cierto es que Dios no obra nada en la naturaleza sino a través de causas segundas; y si se afirma creer otra cosa, es mera impostura, como si con ello se favoreciera a Dios, y no es sino ofrecer al autor de la verdad el sacrificio impuro de una mentira. Pero todavía más, es verdad segura y confirmada por la experiencia que un conocimiento pequeño o superficial de la filosofía puede inclinar la mente humana al ateísmo, pero que un mayor avance en la misma la vuelve a la religión. Pues en la entrada a la filosofía, cuando las causas segundas, que están inmediatas a los sentidos, se ofrecen a la mente, si ésta se detiene y asienta allí, puede caer en cierto olvido de la causa suprema; pero si pasa más allá, y ve la dependencia de las causas y las obras de la Providencia, luego fácilmente creerá, según la alegoría de los poetas, que el eslabón más alto de la cadena de la naturaleza por fuerza debe estar atado al pie del trono de Júpiter [*Iliada*, VIII, 19]. Para terminar, pues: que nadie, por concepto pusilánime de la sobriedad o mal aplicada moderación, piense o mantenga que se puede indagar demasiado o ser demasiado versado en el libro de la palabra de Dios o en el libro de las obras de Dios, esto es, en la teología o en la filosofía; antes bien aspiren los hombres a un avance o progreso ilimitado en ambas, cuidando, eso sí, de aplicarlas a la caridad y no al envanecimiento, a la utilidad y no a la ostentación, y también de no mezclar o confundir imprudentemente uno de estos saberes con el otro.